

ISIDRO BOLAÑOS, UN ARTISTA ENTRE LA AFINIDAD Y LA DIVERGENCIA

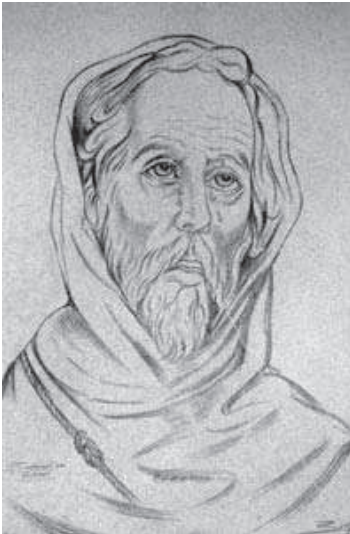
JOSÉ ANTONIO RAMOS RUBIO

Isidro Bolaños, es uno de los artistas más característicos del siglo XXI extremeño. Conocido por su labor como pintor de caballete. La espléndida colección que atesora en su propiedad y en particulares lo demuestra cumplidamente. La colección de obras de Bolaños es muy numerosa, se ha ido conformando en diferentes etapas. Cada una de sus obras ofrecen al espectador un itinerario espléndido para comprender cómo el artista –durante su vida– ha manifestado una inagotable pasión y versatilidad para atrapar las formas, movimientos y aspectos diversos del mundo visible y simbólico.

Así percibimos que para Isidro Bolaños nada es trivial, por el contrario, todo elemento que se atreve a transitar frente a sus ojos, es de inmediato representado sobre tela, cartón, papel o al fresco; el simple deseo de conservar la apariencia de un ser amado –la presencia de la mujer es patente en sus obras– o de un cuadro fruto de su imaginación, como el *más puro automatismo psíquico*, basta para que el artista lo interprete en su intenso dinamismo visual y plástico.

Isidro Bolaños Bravo nace en Cáceres el 20 de agosto de 1955 en el





seno de una familia trabajadora. Desde la infancia da muestras de grandes dotes para las manualidades y las artes plásticas, frecuentemente al atardecer paseaba por las calles de la zona monumental cacereña realizando bocetos en papel de los monumentos y los rincones de ensueño que tiene la capital. No obstante, su primera obra conocida y que nos ha legado es una escultura que realiza en arcilla y madera a los diez años. Está claro que el artista cacereño estaba dotado de una imaginación mítica, pues sabía que la apariencia visible de las cosas nos oculta la presencia de potencias emotivas, intelectuales y sobrenaturales que se despliegan y actúan de manera autónoma. A los doce años ingresa en la Escuela de Bellas Artes de Cáceres, en la que tiene como profesores a Julio Tizón,

Juan José Narbón y Victoriano Martínez Terrón. Pronto destaca en el dibujo, cuya técnica perfeccionará al lado de estos maestros. En estas primeras producciones



de texturas limpias, de muy acabadas formas, donde el dibujo secciona la plenitud de un color tenue, se detectan caracteres muy definitorios con una estética pop, o mejor, una estética que se aproxima con personalísima angustia vital al entramado de sordo ambiente, ausente y reflexivo.

Posteriormente, descubre las posibilidades de expresión que le ofrece el pastel, no sólo por ese contacto directo de la mano y el papel sino también por

la enorme gama de colores que permite. Su esfuerzo consiste en conocer y utilizar una amplia variedad de técnicas (carboncillo, óleos, pastel, técnicas mixtas, acrílicos) para darle forma a esa gran corriente erotizada que atraviesa algunas de sus creaciones femeninas y, de este modo, plasmar su historia, su vida misma. Respecto a la mujer como tema, se constata el gran número de obras que a lo largo de su vida la ha considerado Bolaños como punto de inspiración. Salvo notables excepciones, la representación de la mujer ha sido su tema predilecto, reflejando ciertos tópicos como aludir más a sus rasgos sexuales y físicos que a los intelectuales, asociarla más a lo biológico que a lo cultural... La asociación de la mujer a la belleza y la sensualidad. Según el mismo artista nos indica:



A pesar de la mujer verla como modelo, hay que verla a través del punto de vista por ejemplo como

mujer y como madre (...) Cuando trato de hacer humana a una mujer, trato de pensar un poco en la madre...

En este momento de su vida, desaparece la figura humana por innecesario, ya que la naturaleza se convierte en el gran protagonista de la obra mentada. Toma de los hiperrealistas la exploración técnica de lo real y se queda con el planteamiento de una representación no rígida y con el sentimiento que produce en su ánimo una imagen captada en una circunstancia precisa, dando a la línea la fluidez de un virtuoso rayonismo gestual multicolor.

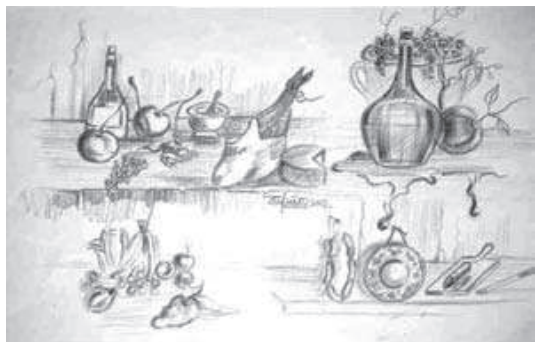


Entre los años 1967 y 1968 participa en las primeras exposiciones, con varios bodegones y desnudos femeninos, en la Sala de la Escuela de Bellas Artes junto con otros alumnos. El tema de la naturaleza muerta denota una estructuración geometrizable y una textura cromática que busca proporcionarle otra dimensión visual a la tela donde representa frecuentemente frutas, flores y la botella. Caminante entre la abstracción y el simbolismo, ejemplos de un mundo analizado por los ojos del artista. Bolaños es un técnico virtuoso de la materia.



En la década siguiente realiza varios trabajos de decoración en locales de ocio de Cáceres, siendo uno de los pioneros en este tipo de actividad en esta ciudad. El mismo consideraba que era una etapa de su vida en la que resultaba difícil pintar cuadros pequeños, pues tenía necesidad de emplear superficies muy grandes en donde el gesto pictórico pudiera alcanzar una liberación total mediante el empleo de técnicas yuxtapuestas. Explora en murales la fuerza expresiva, introduciéndose poco a poco en lo que después será su cuerpo pictórico esencial: un surrealismo mágico que nace de una imagen *pop*, este eclecticismo no adopta una dogmatización a unas formas concretas, supone una mutación de la existencia circundante que brota de un esquema psíquico-conceptual del deleite estilístico del artista. La realidad es transformada para conferir imágenes alternantes que nacen de las circunstancias históricas en las que vive, con técnicas pictóricas múltiples. Se convierte en el principal muralista de los 70, a través del ritmo cromático y de su pensamiento liberal, transmuta la idea en imagen simbólica. Es la plasmación del puro movimiento pictórico en sí, fuera de





toda determinación formal. La característica esencial de ese informalismo se basa en el espacio topológico, en que sus imágenes se dirigen siempre hacia la zona de convergencia de todas ellas; ahí radica su poder alucinante, su vaciación serial.

Desde que empezó a pintar en blanco y negro tomó como base estructural de sus obras el cuerpo de una mujer, un soporte elemental para formular una acción y una protesta, para no sumirse en una actividad pictórica sin control. Por tal razón, las innumerables obras que aún se conservan en la capital cacereña y otras muchas que se han perdido y solamente tenemos constancia de ellas gracias a la fotografía, son en extremo atractivas, desde sus primeros trazos



hasta las últimas compases pictóricas, el desenvolvimiento vital de una extraordinaria diversidad de estilos que se condensan –simultáneamente– en forma mimética, interpretativa y lúdica. Se trata de unificar múltiples rostros sin cuerpo, de coordinarlos dinámicamente en una asociación orgánica, creando un problema espacial y estructural diferente, obedeciendo a la asociación de conjuntos de anti-formas. Crea una masa expansiva, compuesta de forma movible y cambiante,

donde el blanco del muro o –en su caso, de la tela– pueda hacer las veces de grandes ensanches espaciales, de crear la presencia del vacío de forma tan intensa como la huella de la acción.

En 1977 se matricula en el Instituto Politécnico Nacional de Cáceres, en el



que completa dos cursos de delineación. En 1978 obtiene el Tercer Premio del Concurso de Pintura convocado por ese Centro, con motivo de la festividad del Patrón de la Formación Profesional. En 1987 realiza un Curso de Grabado en la Escuela de Bellas Artes de Cáceres. En ese mismo año pasa a formar parte de la plantilla de la empresa *Pita Publicidad* en Cáceres, en calidad de dibujante y rotulista. En 1990 se desplaza a Alicante, ciudad en la que pasará los ocho años siguientes. Allí entra en contacto con los pintores locales Antonio Gómez Vall, Maximino Navarro Sánchez y José Luis Lillo Torregrosa, y participa en exposiciones organizadas por el Ateneo de Alicante, la Sala de Arte Bisel y Helio Serví. En los años 90 comienza una

intensa actividad como retratista. En 1995 realiza el retrato de S.M. Don Juan Carlos I, así como a varias figuras del mundo empresarial de Alicante. En 1997 trabaja como rotulista y dibujante de secciones de Erosmer Ibérica S.A., en la localidad de Orihuela. Vuelve a Cáceres y se incorpora a la nueva empresa que, en ese mismo año, organiza una exposición de sus obras que tendrá una duración de un mes y que tuvo una excelente acogida. Alterna ese trabajo con la realización de retratos al pastel por encargo, y entre esos pedidos destaca el retrato de don José María Saponi Mendo, a la sazón Alcalde de Cáceres, y señora, a petición del Grupo Popular. Durante esta época recupera su formación clásica, con un temperamento realista del que se va alejando con un color subjetivo, presentando tonalidades ardientes y contrastadas aplicadas con un pincel suelto lleno de fuerza. Estudia psicológicamente al personaje antes de retratarlo. Representa las personas de busto, con cierta rigidez, adquiriendo un matiz oficial en algunas obras, según el retratado, con cierta idealización y ennoblecimiento de los personajes.

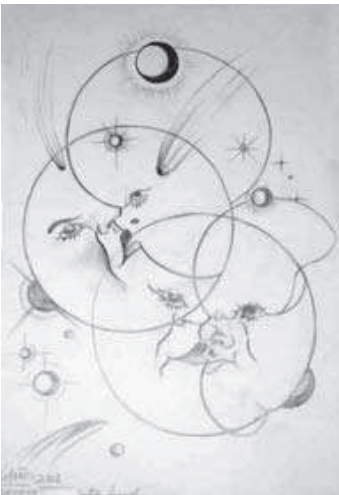
En estos últimos años ha demostrado poseer un gran dominio de los fondos paisajísticos, introduciendo la figura humana en torno a dos temas esenciales: el erotismo encarnado en la mujer y la poética de lo cotidiano. Un importante sentido sensual impregnado de una suavidad específica está patente en sus obras. Ha realizado un número elevado de dibujos, retratos, bodegones y paisajes que ha distribuido entre sus amistades, principalmente entre el personal facultativo y sanitario del Hospital *Infanta Cristina* de Badajoz, donde ha pasado varios períodos de convalecencia al tenerse que operar de un problema de cervicales. Allí desborda su constante impaciencia en la pintura, utilizando como soporte para la pintura las mismas sábanas del Hospital, entrando de lleno en el surrealismo. La desidia, el malestar, la atemporalidad y acritud confirieron en sus obras notablemente, en una dosis de irregularidad, pintando en varias ocasiones el rostro de Cristo sobre una cruz caída. Lo que Isidro pinta es lo que está ahí, ante nosotros, algo que sería inútil intentar reducir a lo que representa, lo que el historiador no abstrae del recuerdo, obras como «Las Lunas», «Senicista», «Alma que nace de un sueño» o «La Luna y





la Mujer». Son obras que nos hablan de poesía, bellas, dramáticas, límpidas, espirituales y ascéticas. Porque lo que Isidro pinta es lo invisible, lo que no se ve, lo que está detrás de lo que no se ve. Pero el que no vea no quiere decir que no exista. Isidro leía mucho en el Hospital, y se disponía a realizar sus dibujos, a partir, no del significado profundo del texto, sino de lo que no se veía en ese texto, de los elementos no visibles generados

en él por el texto. En el Hospital, acude frecuentemente a paisajes que no termina, recuerda las playas lejanas de Alicante donde solía pasear diariamente, se abre una nueva perspectiva paisajística en su obra, un nuevo mundo de valores humanos y vitales, obras realizadas sobre la misma tela de las sábanas del Hospital como «Cristo de la Amargura en Cáceres», «Horizonte marino» y la serie



«Bodegones». En su sensibilidad, en el encanto del color, en la armonía está la soleada monotonía de playas de arenas y un horizonte. Uno es luz, el otro, paz. Es la unión de sentimientos y emociones emanados de una comunicación perfecta entre las partes, habita en la naturaleza sensible de Bolaños. El se encuentra hospitalizado, su mente no. La saturación y el equilibrio artístico necesario da como resultado no la resolución objetiva por no alejarse de una situación incómoda, sino la verdad como concepto pleno de luz, color y formas que en sentimiento del artista en perfecta conjunción con sus recuerdos otorga. Los espacios abiertos, innumerables. El espacio abierto, acogedor, que rehuye el centralismo, las limitaciones de un pasado inerte. Los bodegones están contrastados cromáticamente, con colores claros, composiciones de volúmenes organiza-

dos, de raigambre cubista, ordenados y yuxtapuestos con una geometría meditada y una luminosidad ambiental importante.

Aunque los temas que ha tratado Bolaños son diversos, trátase de grabados, dibujos, pastel o pintura, es –sin duda– en ésta donde esa representación de lo



que está detrás de lo que no se ve alcanza su mejor expresión. Consigue dar a cada obra el espacio adecuado, sin limitaciones de formato. Y es que por espacio adecuado entiendo la perfecta armonía existente entre el espacio interior y el tamaño de un cuadro; una armonía que se puede apreciar en el dibujo y el colorido de sus creaciones en tela. A Bolaños no le satisface la búsqueda de un orden, una belleza o una armonía pre-

determinada. Busca identificarse con los objetos mismos para participar de su esencia.

Sus últimas creaciones surrealistas son magníficas, obras como «Del árbol nace la mujer», «Dos caras tiene la vida» y otras composiciones. Obras que poseen un gran dominio del dibujo, pero que el autor desgarraba, desdibujando las figuras al mismo tiempo, buscando el juego pictórico y el significado que quiere plasmar en la obra, con escorzos difíciles y explícitos que nos llevan al terreno del sueño o la fantasía. Algunas figuras se organizan en encuadres de planos geométricos o flotan solapándose entre ellas como «Las Lunas». En algunos casos, las figuras no tienen rostro, se convierten en seres metafóricos. Los desnudos femeninos, son nuevas venus modernas, rompiendo con el clasicismo en su propia ordenación espacial, en busca de una clara neofiguración estética.

Y, actualmente, continúa su actividad profesional como pintor, con clara preferencia por el pastel, precisamente ha sido invitado a la Bienal de Pintura que se celebrará en septiembre de 2009 en Austria. Ya recuperado de su enfermedad, se aprecia en sus últimas obras un grado de frescura espontánea, en un instintivo deseo por manifestarse abiertamente. En resumen, su pintura es un acto creador fraguado en su vida cotidiana y tan humilde que grita no sólo el poder de subyugación que haya padecido en algunos momentos, sino también la magia intuitiva de valores sensoriales y somáticos, tan arraigados en lugares como Cáceres o Alicante y con los que se identifica plenamente. En sus últimas obras nos ofrece la concepción espacial más vital, una geometría efusiva que hace prolongar el cuadro en todas las direcciones, en un deseo de reflejar una realidad total que convierte la obra no en un centro unitario diligente, sino en una unidad cosmogónica en constante expansión. Las obras representadas son susceptibles de poseer muchos focos irradiantes.

Bolaños es un claro ejemplo de sentimiento encomiástico de pulcritud y honestidad artística.

Uno de los más fieles seguidores de Isidro Bolaños y, por ende, su alumno predilecto es su propio hijo, Juan Manuel Bolaños, de 28 años de edad, realizó los estudios de dibujo en la Escuela de Bellas Artes *Eulogio Blasco* (1993-1999). Ha colaborado con





su padre en la realización de murales entre los años 2000-2003. En la actualidad estudia 3^{er} curso de Bellas Artes en la Universidad de Salamanca. Ya ha obtenido varios premios: Tercer Premio de pintura en Monesterio en el I Concurso *Eduardo Naranjo* en el año 2006; premio en la Exposición colectiva en I Concurso de pintura *Narbón* en el año 2007. Ha realizado varias exposiciones colectivas con la compañía artística *Artivitas* en la Universidad Popular *Helénides de Salamina* del Casar de Cáceres; en el Centro joven de Villanueva de la Serena (Badajoz); en la Casa de la Cultura de Cáceres; en la Exposición colectiva de jóvenes artistas en el Centro Cultural *Iglesia Vieja de Pizarrales* en Salamanca; exposición en espacio para

la creación joven que organiza la Caja de Extremadura. Actualmente está preparando varios proyectos de fotografía, audiovisual y escultura que recientemente saldrán a la luz.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, OBRA INÉDITA DE ANTONIO ARIAS

JOSÉ A. RAMOS RUBIO

En colección particular del Anticuario cacereño don Carlos Marcos Plaza, hemos localizado un magnífico óleo sobre lienzo inédito, obra posiblemente ejecutada por el artista madrileño Antonio Arias (1614-1684), cuyas medidas son 121 x 161 cm. Representa a **San Pedro de Alcántara**, fechable entre los años 1650-1660.

Antonio Arias, comenzó su profesión con la realización de los lienzos del retablo mayor del Carmen de Toledo cuando al parecer sólo contaba catorce años y con el contrato en 1639 del lienzo de Carlos V y Felipe II para la decoración del Salón Dorado del Alcázar de Madrid (Madrid, Museo del Prado). La abundante obra de Antonio Arias adquirió plena personalidad, dedicándose fundamentalmente a la pintura religiosa, realizando composiciones monumentales, junto a figuras más intimistas y numerosas series de apóstoles. Su estilo se caracteriza por la monumentalidad de las figuras, por las composiciones dispuestas a modo de friso en un solo plano paralelo a la superficie de los lienzos, por el dibujo de contornos nítidos y por el plegado amplio de las telas, que le conectan con la obra religiosa de fray Juan Sánchez Cotán y con la escultura de Gregorio Fernández o de Juan Sánchez Barba.

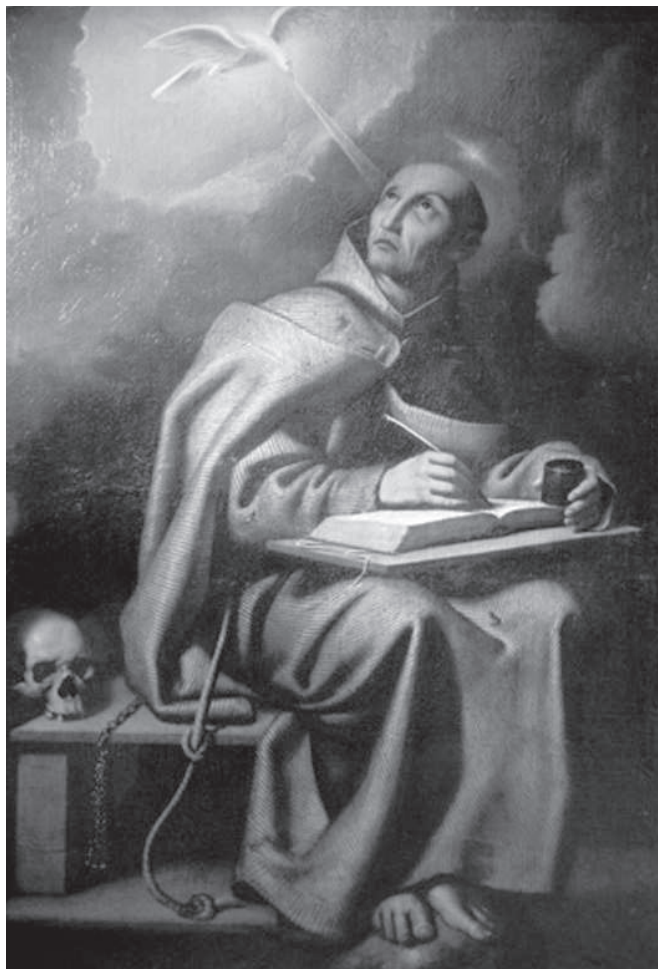
En esta obra que damos a conocer se nos presenta San Pedro de Alcántara sentado en un elemental banco, vistiendo el hábito franciscano, descalzo, con sus atributos referidos a su vida de austeridad y meditación: cráneo que se distingue en un hueco al fondo de la celda y un crucifijo. Tiene un libro abierto sobre sus piernas, sostiene con la mano izquierda el tintero y una pluma con la diestra, pisando con los pies la esfera del mundo inspirado en grabados de Lucas Ciamberlani (1618-1620), simbolizando la renuncia a todas las vanidades y cosas mundanas, contrarias a la vida ascética del santo. Por la ventana entra la paloma que simboliza el espíritu profético. Bajo la esfera del mundo está pisando un dragón o serpiente a un lado, y el rostro de una mujer (Eva) al otro. Posiblemente



representando la victoria del bien sobre el mal (pecado original, según *Génesis* 3: 6). El escueto colorido se reduce al gris del hábito del fraile con leves toques blancos para el libro que apoya entre sus piernas. Su aplicación tersa y con un modelado prieto sobre la anatomía evoca las formas geometrizadas de Luca Cambiaso en las decoraciones de San Lorenzo de El Escorial, pero también las pinturas religiosas de Sánchez Cotán y el tenebrismo claro de Juan Bautista Maino. Además de la visión celestial, entre la que aparece la paloma celeste, la iluminación lateral de la ventana adquiere un especial protagonismo al proyectar las sombras de la cabeza y sobre el hombro del santo, que así pone en práctica una

iluminación de fuerte claroscuro. Las tonalidades de la imprimación y del colorido dominante tiñen el crepúsculo del paisaje donde se vislumbra la ermita del santo. Esta obra fue representada por otros artistas grabadores como Alejandro Carnicero (1723) y en varios grabados anónimos del siglo XVIII.

Se conserva en colección particular en Madrid otra representación de *San Pedro de Alcántara* (ofrecemos su composición) de características semejantes a la obra que presentamos en este artículo y firmada, aunque cambia algunos símbolos iconográficos y se nos ofrece un santo más envejecido, extremadamente demacrado, según decía Santa Teresa: «parecía que estaba hecho de raíces de árbol». El encanto de Arias lo encontramos en la composición. Dispone escenas monumentales, definidas con pocas figuras de concepción escultórica, recubiertas con vestimentas y paños de amplios pliegues angulosos, definidos con un enérgico dibujo y con un colorido vivo aplicado en suaves claroscuros.



La obra de Arias es fácilmente identificable debido a la existencia de algunas pinturas firmadas y fechadas, pero resulta difícil establecer una evolución cronológica, pues su estilo se mantuvo sin apenas variaciones a lo largo de su longeva existencia. Pinturas como *Santa María Magdalena* de 1641, la composición religiosa más antigua que se conoce de Arias, sólo precedida por el lienzo de Carlos V y Felipe II (Granada, Universidad. Depositado por el Museo del Prado), pintado en torno a 1639 para la decoración del Salón Dorado del Alcázar Real de Madrid. *La moneda del César*, firmada en 1646 (Madrid, Museo del Prado), la de *Cristo lavando los pies a los apóstoles*, firmada en 1657 (Pontevedra, Museo) o la de *San Antón Abad* (Madrid, MM. Mercedarias de Don Juan de Alarcón), firmada en 1675, mantienen los mismos principios estéticos a pesar de su distanciamiento cronológico.

Escribir una reseña de publicaciones de algún libro de Don Manuel Vaz-Romero Nieto, resulta complicada pues estás terminando de redactar una cuando el prolífico Doctor en Historia y Crítico de Arte ya está sacando a la luz una nueva obra, avalada por el Presidente de la Real Academia extremeña Don Santiago Castelo en su prólogo.

En este nuevo libro sobre la vida y obras del escultor Juan de Ávalos, el autor nos invita a conocer la sencillez y fuerza, naturaleza e innovación, arte y compromiso de la obra del que fuera Académico de la Real de Extremadura de las Letras y las Artes. La sociedad tendrá siempre una deuda con quienes, como él, incitan la sensibilidad abriendo caminos en el arte y la cultura.

Si lo honesto es que el reconocimiento satisfaga una parte de tal obligación, hay veces en que éste constituye también un acto de humana justicia, y eso es lo que ha pretendido el amigo escritor Vaz-Romero en esta interesantísima obra, donde nos presenta la extensa producción escultórica del emeritense por nacimiento, de los espacios en que éstas comenzaron a ver la luz.

En la nueva escultura española que nació tras la Guerra Civil, Juan de Ávalos vino a ocupar un lugar de debate, un clima sensible. Desrealizadas sus masas, se precipitan en el terreno plástico con una frescura y suavidad de presencia que no excluyen, sino delatan, un vigoroso contenido. La materia cósmica, fluidez e incandescencia tienen cada una de las esculturas de Ávalos. La capa que cubre esta fluidez, lo que constituye en la plástica nuestro horizonte visible, el extraño sostén que detiene el contenido, la última barrera de un estado pre-existencial, de creación. El autor va más allá de la necesidad expresiva, sus obras encierran una energía sin servicio, una fuerza poética incontrolada, una construcción, eso es lo que Vaz-Romero nos ha querido expresar en toda su obra. El artista despierta y en plena conciencia sorprende el trance de sus masas.

Con este libro se le recuerda y disfruta en provechosa contienda contra el olvido del hombre, de su producción y su legado. Su universidad llegó en su tiempo a todos los dispuestos a aceptarla y a entenderla, desde el más cercano hasta los políticos de su época, sin importar la ideología, solamente interesaba el Arte.

Deseo que este libro tenga el éxito que merece, así como el resto de producciones de su fecunda obra. No me cabe ninguna duda, marcará un antes y después en el conocimiento del artista.